

EN EL PORTICO

No son estas páginas vibrantes para quienes buscan en la Historia una interminable aglomeración de fechas y pretenden ejercer con ella una misión de relatores humildes, cuyas actividades compiten con las de los encargados de llevar exactamente los registros parroquiales.

Largas y cansadas discusiones sobre la hora y el minuto en que tuvo lugar un acontecimiento; recuerdos inútiles de pormenores que nada quitan ni aumentan; recargo de citas; infecunda faena de aducir testimonios como si se tratara de simples funcionarios de investigaciones judiciales; copia ingloriosa de viejos expedientes; todo eso, que hace de la obra histórica un mero ajetreo material de salvamento, se halla lejos de la viviente arquitectura de este libro en donde levanta, con señorial dominio, el Padre de la Patria su atormentada vida de conductor egregio.

Los pretendidos historiadores que reducen a tales entretenimientos su modesta labor, que puede acreditarlos como excelentes colaboradores para levantar el censo y anotar el movimiento estadístico y la crónica menuda, le deben hacer el gesto.

Su autor ahonda con criterio analítico y comprende la trascendencia del apostolado.

Con singular maestría relievaa la figura del Libertador, haciéndole vivir de nuevo ante los lectores con sus grandes arrebatos de genio y exhibiendo como documentos y pruebas los hechos mismos del Héroe.

En certero comentario deja la filosofía de lo narrado y de lo expuesto y exprime la doctrina para o-

frezer el vino de sus enseñanzas, reconfortante y generoso, en la copa cincelada de una frase artística y varonil.

La cita oportuna y la transcripción adecuada son firmes columnas de un sólido edificio y no el recurso afanoso de quien desea seguir adelante y ha perdido la propia ruta. Son ellas la confirmación de una tesis probada con el argumento personal y originalmente observada.

Corresponde cada estudio, cada uno de los capítulos, a una faz de esa existencia única en América y excepcional en la especie humana.

Bolívar Vidente, Legislador y Poeta...

Si la primera ofrece comprobado el hecho de que la mente prodigiosa del creador de cinco naciones leía lo porvenir con profética seguridad y con intuición en lo humano acaso no igualada; si la segunda muestra cual pudiese hacerlo un especialista en estudios constitucionales al verdadero hombre de las leyes que es el que las inicia y las hace triunfar —no menos que quien las cumple y obedece con escrúpulo—; si todas ellas encierran en admirable síntesis lo que pudiéramos llamar la filosofía de una vida o el compendio esencial de un gran período que fue por ella fecundizado para la inmortalidad propia y la de Repúblicas surgidas por su esfuerzo, en la última faz de Bolívar Poeta, incomprensible quizás para quienes piensen desde luego en los renglones cortos y se figuren al guerrero sentado, diccionario en mano, buscando consonantes y asonantes, hay una fuente de originalidad y se descubre un filón inexplorado y rico. La pluma que tal hizo merecería por ese solo motivo la esquivada hoja de laurel.

Es, en efecto, algo que resalta y que abandona el camino trillado en busca de horizontes desconocidos. Se destaca el símbolo poético de quien fue cantor de sus mismas inmortales hazañas, porque al ejecutarlas

tuvo la fortuna escasa de confiarlas al cuidado de la eternidad enmarcadas y retocadas por destellos geniales y en su palabra elocuente —que corría en hervir agitado paralelamente con su obra— dejó huella inequívoca de un pensamiento elevado y de ideal superior a las miserias de lo rutinario.

“Hay una poesía de la acción, esto es, una manera estética de vivir y obrar que quizás supera a aquella otra, más contemplativa es verdad, pero quizás no menos bella. Eso de ajustar la existencia a un ideal noble, al cual se le dedican corazón, brazo y mente; estar en acecho de una luz que ha de apuntar en el horizonte incierto y que por secreta afinidad coincide con la llamada que arde dentro del alma; luchar a brazo abierto por llegar a la cima deseada, a que apunta el noble anhelo, eso es existir ungido por la gloria y amado de las musas. Son éstos que así laboran los Homeros de la acción: el seráfico Francisco de Asís, amante de Dios, de los hombres y de las fieras; San Vicente de Paúl cuya caridad cura las llagas y alivia el dolor ajeno; los sabios que, olvidándose de sí mismos, se abstraen y reniegan de todo placer, por investigar la verdad, son poetas como el que, abandonando la propia comodidad se da al servicio de la Patria, sin más acicate que el ideal estimulante de hacer el bien”.

“Creador y poeta son sinónimos; creación y actividad se corresponden; por consiguiente, no poetiza sólo quien se extasía en la contemplación de lo bello y traduce sus emociones en forma artística, sino el que produce obra grande y digna del canto”.

Esto, así bellamente pensado y escrito, es lo que hace del trabajo de Tomás Cadavid Restrepo un ejemplo alentador y meritorio, en donde revela sus dotes de observador que sabe tomar de la Historia el jugo que nutre y vivifica.

Amante de las glorias patrias, especialmente de las que van ligadas a la memoria del Libertador, ha

hecho de su propaganda un apostolado digno de aquellos predicadores franceses de la REVANCHA, y él mismo, en Colombia, no ha podido transigir con las in Clemencias de la Diplomacia que arrojó manto misericordioso a la dolorosa desnudez de la República ultrajada por la fuerza de los modernos conquistadores que violan territorios de nacionalidades indefensas.

El único error del distinguido amigo fue señalar nos estas páginas, que no se dirigen a prologar, ni menos a que un desconocido presente a quien tiene ya ganado sitio de honor entre los escritores nacionales, sino que van sólo encaminadas a rendir un aplauso y anunciar la feliz aparición de una obra doblemente bella: por su alta finalidad literaria y por haber sido generosamente destinada a secundar uno de los empeños caritativos más dignos de que puede ufanarse Antioquia.

Perdido entre nosotros el valor de las palabras, debido al abuso no siempre desinteresado de los adjetivos encomiásticos, reclamamos para cada una de nuestras frases la más absoluta sinceridad, y al estamparlas tenemos la certeza de que cada uno de los lectores reforzará con su autoridad el pobre juicio de nuestra pluma.

Francisco de P. PEREZ

INFORME

Sobre el Concurso de Historia

Medellín, julio 28 de 1923.

Señor Presidente de la SOCIEDAD DE MEJORAS PUBLICAS.—Presente.

Hemos estudiado los trabajos en prosa que fueron enviados al Concurso Literario abierto por esa H.

Sociedad y cuyas bases generales se hicieron conocer oportunamente del público.

Se recibieron los siguientes:

BOLIVAR VIDENTE, BOLIVAR LEGISLADOR y BOLIVAR POETA, firmados, cada uno de ellos, por Boliviano.

Llegaron, además, dos estudios bajo el título SIMON BOLIVAR, firmados así: Augusto Marcial, el uno, y X X el otro.

Para el concurso de Cuentos se recibió uno titulado LAGRIMAS DE BOLIVAR, y que firma Nacional.

Corresponden las mencionadas producciones, como puede verse, así: Las primeras al grupo histórico-sociológico, sobre el Libertador y su obra.

El segundo pertenece al campo indicado para premiar el mejor cuento o novelita corta, de carácter histórico.

Consideramos que los tres estudios arriba indicados y que pertenecen al seudónimo "Boliviano" son los mejores presentados. Forman un análisis muy completo de Bolívar y su obra. Sea que se les tome en conjunto o cada uno de ellos aislado, en nuestro concepto son dignos del premio ofrecido. Si la Sociedad lo estima conveniente podría quizás adjudicarlo a los tres para que pudieran así ver la luz pública en un solo folleto. Pero ciñéndonos más rigurosamente a las bases del Concurso, seleccionamos uno de ellos —Bolívar Poeta— por considerar que representa un esfuerzo superior y más original para ser laureado.

Aunque el cuento "Lágrimas de Bolívar" es de relativo mérito literario, hemos creído que debe declararse desierto el Concurso en esta parte, por no haber llegado sino una composición.

Por ausencia del Dr. Mariano Ospina Pérez no pudimos obtener su concepto autorizado sobre los trabajos.

Abierto el sobre que debía contener el nombre correspondiente al seudónimo "Boliviano", hallamos que era el del señor Tomás Cadavid Restrepo.

En consecuencia os proponemos que se le adjudique la Palma de Oro, de acuerdo con las bases del Concurso: resultado éste que nos satisface sobremanera, tanto por el mérito intrínseco de la obra premiada, cuanto por ser notorias las iniciativas de tan distinguido ciudadano y escritor, en lo relacionado con la erección del monumento al Padre de la Patria.

Dejamos así cumplida nuestra comisión, y nos es grato suscribirnos de Ud. atentos y SS. SS. y amigos.

Francisco de P. PEREZ

Bernardo VELEZ

EL VIDENTE

Pocos héroes en la historia se presentan a la mente con cualidades tan brillantes y harmónicas como *Simón Bolívar*.

Aquella personalidad excelsa más parece ficción poética que un sér real; ni Esquilo, ni Shakespeare, ni Milton, los más insignes creadores de caracteres, soñaron jamás algo semejante; porque en esa alma había muchas almas, así como se ha dicho, que dentro de la fotosfera luciente del sol, gira un grande astro; el fondo de ese espíritu semejaba un océano donde hervían millares de olas agitadas, o un paisaje forjado por hadas divinas, en el cual se alternan las espléndidas auroras con los más bellos crepúsculos.

Como en la leyenda, bien conocida, con que la Duquesa de Orleans pintaba el carácter de su hijo, concurren al nacimiento del gran caraqueño todas las gracias: aquesta encendió en oculto pliegue del nuevo espíritu la llama sagrada; ésa ungió con miel hiblea los labios infantiles; aquélla vertió en el corazón el aceite

vigorizante, generador de la indomable constancia; esotra, gentil mensajera de Apolo, infundió el neuma divino, mientras que la enviada de Marte colocaba entre los linos de la cuna el acero vencedor, forjado en las hornazas de Vulcano.

Y ¡qué fuente de estudio es esa vida, para la humanidad, veneranda, y para los americanos lección y noble estímulo! Amplio es el contorno del primoroso cuadro; días, años y aun siglos gastará la filosofía de la historia para analizar la compleja, despeñada y poética existencia de Simón Bolívar; que una Beatriz celestial lleve al humano Dante por los espacios donde irradia la gloria del guerrero que recorrió el Continente de Colón y tuvo ante sí un panorama más vasto que el del viajero que describe Goldsmith.

Porque de Aníbal tuvo el fiero arranque; del macedonio el arrojo audaz; de Julio César poseyó el porte olímpico, la elocuencia y el estilo gallardo; a Bonaparte igualó en la frialdad elegante y calculadora, y a todos superó por el aliento profético que le hizo descifrar lo porvenir y columbrar entre brumas las glorias y dolores de las democracias latinas.

Una tarde de agosto de 1805 llega el viajero Simón Bolívar al Monte Sacro; su maestro Rodríguez le acompaña. Roma se adormece al beso del último sol; la ciudad eterna se muestra grandiosa a la mente inquieta de los dos observadores que evocan toda una serie de recuerdos, en los cuales se mezclan glorias y triunfos con delitos y derrotas, mientras que la imagen de la patria oprimida viene a remover la conciencia y a levantar la voluntad, aún aletargada. Entonces, *Simón el menor* se yergue, y ante las ruinas gloriosas de la señora del orbe, ante la magia de la tarde agonizante, ante las sombras resucitadas de patricios y plebeyos y ante *Simón el mayor*, exclama:

“Juro delante de Ud., juro por el Dios de mis padres, juro por ellos; juro por mi honor y juro por mi

patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.

¡Promesa inmortal! Jamás hombre alguno vaticinó desde cátedra tan augusta, ni inició la epopeya con voto igual; la mágica voz del novel demiurgo acallaríá los rumores de esa triste hora, para escuchar y llevar hasta los polos de la tierra la buena nueva de la libertad de un continente.

Acertadamente afirma Lozano y Lozano que este juramento es la culminación de la obra del maestro y el principio de la portentosa epopeya del gran Libertador. Si es un desdoblamiento de la personalidad, un éxtasis, ápice de la atención, un arrebató emotivo o un acto perfecto, derivado de facultades correctamente equilibradas, díganlo los psiquiatras, mas, es verdad que fue un voto consciente, como lo prueban estas frases que Bolívar escribió a Robinson desde Pativilca, en enero de 1824:

“¿Se acuerda usted cuando fuimos al Monte Sacro, en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener”.

Mirífica anunciación!, como diría el admirable E. Rodríguez Triana.

* * *

Y torna el vidente a la Capitanía de Venezuela; silencioso, replegado en sí mismo, como si la primera explosión hubiera agotado el fuego del volcán; a la calma del campo pide fuerzas; allá en las haciendas de San Mateo ensaya idealmente sus vuelos de cóndor de la libertad; en ese medio, caldeado ya por las nuevas ideas que habían tenido sus mártires como Gual y España; en clubes de literatos donde se quema el

incienso a la poesía y se oculta también, como en los tiempos de Harmodio y Aristogitón, el puñal conspirador bajo verdes ramos de mirto, va Bolívar exponiendo sus ideas libres, las que contrastan con el Gobierno colonial, abiertamente opuesto a toda renovación.

El año de 1810 es el de la iniciación: Venezuela rompe las cadenas, como ya lo había hecho Quito; con la rapidez del incendio se propaga la revolución; las sociedades que habían dormido tres centurias, despiertan y dan hombres para todo: guerreros como San Martín, Sucre, Córdoba, Páez; organizadores como Santander; tribunos como Nariño y Camilo Torres; sabios como Ustáriz, Caldas, Bello y Zea; diplomáticos como Alejandro Vélez y Joaquín Mosquera; héroes de la talla de Ricaurte, Girardot, Morelos y Belgrano; poetas tan egregios como Olmedo y Fernández Madrid; pero por sobre todos descuella, por el conjunto de capacidades, Bolívar, que fue héroe y demagogo, diplomático y tribuno, y por ende el único capaz de llevar a cabo la emancipación de los pueblos de aquende el océano. Es que, como observa Blanco Fombona, "un guerrero, por grande que sea, por mucho que deslumbren sus victorias y por decisivas y trascendentales que se las considere, no alcanza tal imperio como la acción de su brazo no esté acompañada por la acción de su pensamiento y si la acción de su pensamiento no es correlativa a la acción de su brazo".

En verdad: era Bolívar un hombre elegante, amable, sincero y leal; de alta y vivaz inteligencia, de robusta fantasía, de corazón magnánimo, de refinado gusto artístico, apto para todas las disciplinas y para triunfar en la paz como en la guerra, en la prensa como en la tribuna; en las Cortes aparecía como un gran señor, y en los Llanos, sufrido como el último soldado, con quien compartía la capa en las horas heladas.

Para ser quien fue y para cumplir la misión que

recibió de Dios, había de estar dotado del genio, ser por tanto vidente consumado, poeta de la acción y sabio legislador.

* * *

Y el visionario de la colina romana, desde que sale a la escena, se muestra definido y adaptado, al revés del ilustre Miranda que no pudo acomodarse a nuestra incipiente civilización. Bolívar se dio cuenta de que en América todo estaba por crear, desde el sentimiento de amor por la libertad hasta el más pequeño detalle de organización; riquezas había, pero inexploradas; inteligencias e ilustración también, mas tales fuerzas andaban desacordes y seguramente guiadas por un idealismo más francés que americano y más delirante que práctico. De aquí el desconcierto que produjeron sus ideas de administración y sus ideales de panamericanismo. Cuando los patricios pedían un gobierno federal, Bolívar rogaba e insistía por un régimen unitario y vigoroso; cuando el egoísmo regional de Páez no dejaba alzar los ojos más allá de los Llanos, aquél paseaba la mirada de Chile a Méjico, trazando la vía de unión y amor que deberían seguir los pueblos, cuyo idioma, cuyas costumbres y cuya religión estaban identificados; mientras todos ceden, él está firme; mientras todos, hundidos en la derrota, desmayan, Bolívar, envalentonado por el desastre y seguro del éxito feliz, se alza sobre los escombros y anuncia: "El día de la América ha llegado".

Desde que sube a la tribuna por vez primera, desde que empuña la espada, habla de América. El 3 de julio de 1811 dice a la Sociedad Patriótica de que era alma:

"Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sudamericana. Vacilar es perdersnos". Dos días después de pronunciar estas palabras, el Con-

greso de Venezuela declara que la Nación se separa de España.

De ese memorable día en adelante va de aquí para allá el Quijote de la libertad, arengando y vaticinando; su voz es clara y penetrante; su razonamiento macizo y su retórica vehemente; quien le escucha, le sigue, seguro de que la victoria vendrá.

“La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión”, exclamó en marzo de 1813, cuando ya meditaba la expedición a Venezuela.

Jamás la previsión meramente humana tuvo más certeza de lo futuro que la que distinguía al Libertador; en su mente iluminada se iba dibujando cada día con más claridad el plan admirable que remató en Potosí; se agitaba en plano tan superior, que era inasible para los que le rodeaban. Cuando deliró en Casacoima, ya había escrito a Custodio García Rovira, en diciembre de 1814:

“Crea usted, amigo, que si deseo que se me autorice de un modo amplio en lo relativo a la guerra es porque estoy determinado a tomar a Santa Marta, Maracaibo, Coro, y volver a Cúcuta, para libertar el Sur hasta Lima, si es posible”.

Todo era iluminación en sus propósitos, anota Rodó, todo arrebató en su obra; pero la acción marchaba siempre en armonía con el fin vaticinado; tenso el arco de la soberana voluntad, nada pudieron la baja envidia de Castillo, ni el puñal pagado de los súbditos de Fernando VII, ni la incomprensión de los mismos a quienes protegía; veinte años fueron necesarios para que culminase el dorado sueño; por sobre un mar de sangre y lágrimas bogó el barco, hasta llegar al ansiado puerto.

Como los profetas bíblicos, cuya arpa daba más patéticos acentos cuando era pulsada por el dolor, Bo-

lívar se agigantaba en la lucha y su visión se esclarecía más y más.

En extranjera playa, adonde fue aventado por inicua venganza, no dio reposo a su alma ni tregua a su brazo; el ideal suyo le acompañaba como la sombra al cuerpo, y a la mente pedía medios para la empresa. Si la espada volvió a la vaina en aquella época, la pluma ganaba prestigio para el Héroe y amor para la santa causa.

Humboldt hubiera firmado placentero la carta que escribió en Jamaica, "a un caballero que tomaba gran interés en la causa republicana de la América del Sur".

En dicho documento fraterniza el dato estadístico, geográfico o histórico con el concepto profundo y el anuncio seguro de los hechos que hoy, después de una centuria, ha confirmado la realidad. Es de admirar cómo el gran proscrito se intrinca en la prehistoria de América, analiza lo pasado, revalúa lo presente y vuela raudo al través de los tiempos; ante él desfilan estos países con todo el cortejo de sus pesares y, con precisión que pasma, predice la suerte de todos desde la tierra que dominó Cortés hasta aquella donde los araucanos arrogantes fueron aniquilados, aunque quizás no vencidos.

Así comenta un vibrante escritor la pieza a que nos referimos:

"Es necesario, ante todo, para apreciar esta obra de singular penetración, no olvidar la fecha; no olvidar que Bolívar habla de América con datos escasísimos y opina sobre regiones como Chile y Perú que eran, a la sazón, para las provincias del Atlántico, regiones casi fabulosas, por la escasez de obras especiales, por la carencia de comunicaciones y por las trabas que la política metropolitana puso siempre entre unas y otras colonias a fin de que no se trataran y mancomunasen de opinión. ¿Cómo pudo ver claro en

el porvenir la evolución política y social de cada porción del continente? El genio humano rara vez ha realizado prodigio semejante. El astrónomo que anuncia la aparición de una estrella, es menos admirable, quizás, porque sus datos son más fidedignos, sus medios de investigación más completos y eficaces”.

La famosa carta está escrita en tono sereno, rigurosamente político y científico. La sobriedad y limpieza de la frase hacen recordar al autor de “Los Comentarios”. Veamos algunos párrafos; así describe la situación de Venezuela:

“En cuanto a la heroica y desdichada Venezuela, sus acontecimientos han sido tan rápidos y sus devastaciones tales, que casi la han reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa, no obstante que era uno de los más bellos países de cuantos hacían el orgullo de América. Sus tiranos gobiernan un desierto, y sólo oprimen a tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia: algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven combaten con furor en los campos y en los pueblos internos, hasta expirar o arrojar al mar a los que, insaciables de sangre y de crimen, rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva. Cerca de un millón de habitantes se contaba en Venezuela, y, sin exageración, se puede asegurar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todo resultado de la guerra”.

Después de una descripción admirable de cada país, sienta el sociólogo, como base de sus conjeturas, premisas como la siguiente:

“La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos, puramente pasiva; su existencia política era nula; nosotros estábamos en

un grado todavía más abajo de la servidumbre y, por lo mismo, con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad. Permítame usted estas consideraciones para elevar la cuestión. Los Estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella; luego un pueblo es esclavo, cuando el Gobierno, por su esencia o por su vicios, huella o usurpa los derechos del ciudadano o súbdito”.

Afirma Bolívar que los americanos no estaban preparados para la transformación política, debido al sistema de gobierno implantado por los monarcas españoles en las colonias; de aquí que “han subido de repente, sin los conocimientos previos, y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un estado organizado con regularidad”.

Es tan cierta la tesis del Libertador, que no requiere comprobación; pero ella no significa, como lo han insinuado algunos, que hubiera sido mejor retardar la emancipación hasta que la América estuviese preparada. Esto no habría sucedido; España dio a las Colonias lo que podía darles en aquellas circunstancias: una santa religión y un idioma majestuoso y musical, pero garantías civiles y progreso no era cuerdo esperar, pues es sabido que nadie da lo que no posee; Fernando, al verse libre del gran Napoleón, tornó a sentarse sobre su trono, sostenido por las garras del despotismo; las libertades que habían adquirido los espíritus más nobles fueron borradas, y la persecución fue el premio para los que, como el insigne Quintana, habían luchado por España, por su rey y por su régimen constitucional, acorde con la dignidad humana.

Como en visión calidoscópica desfilan ante el Va-

te todas las naciones de Hispano-américa; a cada cual asigna su suerte; de Méjico asegura que allí “intentarán al principio establecer una república representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el poder ejecutivo, concentrándolo en un individuo que, si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar una autoridad vitalicia. Si su incapacidad o violenta administración excita una conmoción popular que triunfe, este mismo poder ejecutivo quizás se difundirá en una asamblea. Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá, probablemente, una monarquía que, al principio será limitada y constitucional y, después, inevitablemente declinará en absoluto”.

Iturbide, el desgraciado Maximiliano, la dictadura prolongada de Porfirio Díaz, a la que siguió una serie de guerras y matanzas, nos están pregonando el cumplimiento del vaticinio boliviano.

“El Perú, dice, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero, lo corrompe todo; el segundo, está corrompido por sí mismo... Supongo que en Lima no tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia; los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si consigue recobrar su independencia”.

Para Argentina anuncia un gobierno central “en que los militares llevarán la primacía, por consecuencia de sus divisiones internas y guerras externas. Esta constitución degenerará en una oligarquía o en una monocracia, con más o menos restricciones y cuya denominación nadie puede adivinar”. El tirano Rosas se encargó de sacar avante a Bolívar.

Pasma ver la precisión matemática con que se ha cumplido la profecía del Libertador. En medio del cuadro dantesco que ofrecen las repúblicas sudamerica-

nas, percibe una estrella que gira acompasadamente; ella es Chile que “está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres de sus virtuosos moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauca, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena . . . En una palabra: Chile puede ser libre”.

Ercilla había dicho:

“Chile, fértil provincia y señalada,
 En la región antártica famosa,
 De remotas naciones respetada
 Por fuerte, principal y poderosa:
 La gente que produce, es tan granada,
 Tan soberbia, gallarda y belicosa,
 Que no ha sido por rey jamás regida,
 Ni a extranjero dominio sometida”.

* * *

La pluma se resiste a copiar las frases de Bolívar respecto de Panamá; antes de cumplirse el siglo de escritas, el bucanero Roosevelt, violando pactos y conculcando el derecho de gentes, arrebató el Istmo y descabezó el escudo de Colombia, la República amada del Libertador.

“Los Estados del Istmo de Panamá, hasta Guatemala, formarán, quizá, una asociación. Esta magnífica posición entre los dos mares, podrá ser, con el tiempo, el emporio del Universo; sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia, traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio”.

Panamá era para Bolívar el centro de gravedad del Nuevo Mundo; temió fundadamente la expansión yanqui y, para contrarrestarla, lanzó la idea del Congreso de Panamá “*que servirá de Consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, y de fiel intérprete de los tratados públicos, caso de ocurrir alguna duda, y de conciliar en las diferencias que surgieran*”.

Así como hay astros tan distantes de nosotros, cuya luz gasta años y años para llegar a la tierra, también hay hombres cuyos ideales son tan excelsos, que requieren una gestación secular para ser comprendidos. ¡Rara coincidencia! En los Estados Unidos fue aclamado Bolívar en 1911 como fundador del arbitraje, y en ese carácter lo aplaudieron los sabios profesores L. S. Rowe y R. Sheper; además la prensa norteamericana ha reclamado para nuestro Vidente la paternidad de la Liga de las Naciones. *The Evening Post* declaró no há mucho, ser el momento oportuno de dar cima al ideal boliviano.

Bien conocía Bolívar el carácter púnico de los americanos del Norte. En carta que dirigió al Gral. Santander desde Potosí el 21 de octubre de 1825, se expresa en estos amargos términos:

“Por esta misma culpa nunca me he atrevido a decir a Ud. lo que pensaba de sus mensajes, que yo conozco muy bien que son *perfectos*, pero que no me gustan, porque se parecen a los del Presidente de los regatones americanos. Aborrezco a esa canalla de tal modo, que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada como ellos”. Son inútiles los comentarios.

Hombre de acción, el Libertador no se limitaba a lanzar teorías bellas; su brazo obedecía al cerebro. Panamá le merecía toda atención y pensó seriamente en la apertura de un canal interoceánico. En unos días de tregua, antes de emprender la campaña del sur de Colombia, envió desde el Cauca comisionados que ex-

plorasen el territorio situado entre el río San Juan, que desemboca en la bahía de Buenaventura, y el Atrato; ordenó además que se examinase con cuidado el trayecto que había descubierto el Cura de Navilla. Por lo tanto Don J. Gabriel Pérez, Secretario del Libertador, puso al Coronel Cancino, Gobernador del Chocó, la carta que va a leerse:

“He tenido el honor de recibir el oficio de U. S., de 25 de enero último, en San Pablo, y de dar cuenta de él a S. E. el Libertador, quien se ha servido prevenirme diga a U. S. que haga trazar el canal por la parte del istmo que separa los dos ríos, y tiene sólo tres millas, en un terreno de cascajo y greda deleznable.

Que haga U. S. abrir picas y ponerlas corrientes hacia los demás puntos, en donde pueda también abrirse el canal, o se hayan reputado fáciles para esta apertura. Que encargue U. S. a Jamaica los instrumentos necesarios para esta operación, los que se pagarán por cuenta del Gobierno, pues S. E. estará para el mes de octubre en el Chocó, y está resuelto a ejecutar la útil empresa de comunicar los dos mares”.

En síntesis: la célebre carta fechada y firmada en Kingston por Simón Bolívar es una obra de sabiduría consumada; es un papel de estado, digno de políticos tan eminentes como Gladstone; es un monumento que perdurará mientras América viva.

* * *

Del destierro a la Patria; vuelve a la pelea; la pasión y la envidia son las erinnias que perturban la obra del caudillo; las huestes españolas asesinan y talaran; los patriotas más insignes expían en el cadalso el amor a la libertad; el ángel de la muerte cubre con sus negras alas el dilatado desierto donde enantes alentó la vida; el Héroe, derrotado hoy, vencedor ma-

ñana, se crece en la lucha; ora profetiza como Ezequiel sobre los escombros, ora desde serena cima pronuncia palabras de mágico hechizo. Oíd:

El 15 de agosto de 1818, escribe, guiado por su demonio interior, a los habitantes de la Nueva Granada:

“El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares levantados a la libertad”. El 10 de agosto del año siguiente se desmonta Bolívar de su caballo de guerra en el palacio de los Virreyes de Santa Fe de Bogotá.

Abría el caraqueño las campañas con una proclama militar en que delineaba las operaciones venideras y aseguraba el triunfo; así, la musa de las batallas iba de monte en monte y de valle en valle, pregonando las hazañas y llevando hasta el último confín la promesa de felicidad. Libertadas la Nueva Granada y Venezuela, era preciso ir a la Presidencia de Quito que aún gemía esclava.

En Cali, primorosa ciudad que recuerda el paso del épico Benalcázar, proclamó el Capitán:

“Quiteños: La Guardia Colombiana dirige sus pasos hacia el antiguo templo del padre de la luz. Confíadle vuestra esperanza. Bien pronto veréis las banderas del iris sostenidas por el ángel de la victoria”.

Al finalizar de mayo de 1822 ondeó sobre las torres de la capital ecuatoriana el tricolor colombiano.

La obra de Bolívar en el Perú fue verdaderamente creadora; pero en tal época sus campañas eran producto de la experiencia y madurez estratégicas; el cálculo científico había reemplazado a las violentas embestidas de 1813; todo el continente pendía de la espada y designios del hombre singular que había llega-

do ya a la augusta serenidad de la altura, como diría Amado Nervo.

Faltaban Junín y Ayacucho para que quedase terminado el delirante plan de Casacoima. Así fueron anunciadas las inmortales hazañas:

“Soldados: El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del nuevo mundo es la esperanza del Universo. ¿La burlaréis? N6! N6! Vosotros sois invencibles”.

El 6 de agosto y el 9 de diciembre de 1824, fueron las gloriosas efemérides que libertaron a los incas; lucha tras lucha, vaticinio tras vaticinio, había el varón epónimo visto realizados sus ensueños. Era la hora de la apoteosis; palmas y coronas cayeron a millares a los pies del vencedor; ya hubieran deseado para sí tales honores los más grandes capitanes de la antigüedad.

Pero muy corta fue la glorificación.

Pronto huyeron las hadas benéficas, y una, la que había maldecido todas las gracias, vino a cumplir su malhadada misión; por raro sortilegio, de entre los mismos laureles brotaron a millares las espinas, y los himnos de honor se tornaron contumelias y diatribas; vino la hora desolada en que

“Y Envidia vil desflora,
 Con rabioso azotar la ínclita rama
 Con que piadosa Gratitud decora
 Tu frente creadora
 Que el honor de los Césares desama”.

* * *

De 1826 en adelante el Vate habla ya con acento dolorido; la tristeza da a su estilo tintes de ocaso. Así

como hay aves que saben cuándo la tempestad se acerca, existen corazones, cuya sensibilidad se exalta y resiente en vísperas de la desgracia. Bolívar vio, con anticipación, la ruina de su obra; oyó a distancia el ruido de las armas removidas por pretorianos ambiciosos; presintió su martirio y la suerte desgraciada de América. Desde 1824 había escrito a Don Fernando Peñalver:

“Los españoles se acabarán bien pronto; pero nosotros, ¿cuándo? Semejantes a la corza herida llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es la ponzoña.

“Dichosos los que mueran antes de ver el desenlace de este sangriento drama! Al menos les quedará el consuelo de que un rayo de esperanza les dé la ilusión de que no sucederá. Lo único que deseo es esto, después de terminar la guerra”.

Hoy cabe preguntar: ¿estas Repúblicas tropicales se adaptarán a la civilización?; ¿serán el sempiterno desierto y la locura colectiva nuestra fatal herencia?

Al Marqués de Toro dijo:

“Puedo asegurar a Ud. francamente que lo pasado parece un camino de flores, que mis dolores existen en los días futuros. El porvenir es mi tormento, es mi suplicio. . .

Entienda Ud., mi querido Marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía; y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio”.

El Ajax que desafió a la naturaleza, entre los escombros y lágrimas de Caracas, casi destruída por un terremoto; el esparciata de los Llanos que nada temió; el soldado intrépido que galanteaba la muerte en los combates; el que se apellidó a sí mismo “el hombre de

las dificultades”; ese héroe, único en los anales del mundo, tembló como un niño al ver erguirse la anarquía sobre los trofeos de mil victorias y sobre el despedazado trono del Rey de España. Entonces rugió de dolor; la desesperación abatió la grande alma: “La única cosa que se puede hacer en América, son sus palabras, es emigrar. Estos países caerán inevitablemente en manos de la multitud desenfrenada, para después caer en las de tiranuelos, casi imperceptibles de todos colores y razas”.

El motín de Valencia es la primera explosión de odios mal velados; Páez, desobedeciendo al Congreso, marchita los laureles de Las Queseras y Carabobo, y da la primera puñalada en el corazón de Colombia; Miguel Peña, fatídico patriota, siembra odio por doquiera contra Santander y los granadinos; la sombra de Infante se pasea vengadora por los círculos venezolanos donde se prepara el golpe mortal. El Genio, que todo lo adivina, se lo manifiesta a Páez en estos términos:

“Crea usted, mi querido General, que un inmenso volcán está a nuestros pies, cuyos síntomas no son poéticos ni ficticios sino harto verdaderos. Nada me persuade que podamos franquear la suma prodigiosa de dificultades que se nos ofrecen. Estábamos como por milagro sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado, y se mantienen tranquilas apoyada una de otra, y en una calma que parece verdadera, aunque instantánea. Los navegantes han visto muchas veces este original. Yo era este punto dado; las olas, Venezuela y Cundinamarca, el apoyo se encontraba entre las dos, y el momento acaba de pasarse en el período constitucional de la primera elección. Ya no habrá más calma, ni más olas, ni más punto de reunión que forme esta prodigiosa calma; todo va a sumergirse al se-

no primitivo de la creación —la materia— Sí, la materia digo, porque todo va a volverse a la nada.

Considere Ud., mi querido General, quién reunirá más los espíritus. Los odios apagados entre las diferentes secciones volverán al galope como todas las cosas violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano; cada mano, empuja el bastón; cada toga la vestirá el más turbulento. Los gritos de sedición resonarán por todas partes, y lo que todavía es más horrible que todo esto, es que cuanto digo es *verdad*. Me preguntará Ud. qué partido tomaremos? En qué arca nos salvaremos? Mi respuesta es muy sencilla: mirad el mar que vais a surcar con una frágil barca, cuyo piloto es tan inexperto”.

Todo anda desconcertado; el Padre de la Patria busca los medios de salvación, mas todo fracasa. Del Congreso de Panamá, del cual esperaba tanto bien, dijo: “institución admirable si tuviera más eficacia; no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejos, nada más”.

No fueron apreciados los esfuerzos del Libertador por la unión de los pueblos hispano-americanos; él buscaba la unión de elementos afines pero que andaban dispersos; ansiaba obtener los resultados que tuvieron Ciro y Alejandro en el Oriente; César en la Europa occidental; Clodoveo en las Galias; Washington y Lincoln en los Estados Unidos y Bismark en Prusia.

Noble ideal aquél que coloca a Bolívar en una altura casi invisible. Con sabia donosura emite el notabilísimo Francisco García Calderón el siguiente concepto: “Y Bolívar, guerrero vidente, comprende que, sin la unión, la autonomía es un dón estéril y, después

de ser el héroe magnífico de una Ilíada, se convierte en pacífico director de Congresos de pueblos”.

La noble semilla germinó. En 1832 quiso el Gobierno de Méjico reunir un Congreso en Cuba; en 1838 el Perú, dócil al pensamiento de Bolívar, pensó reunir una Asamblea americana; otras conferencias se han celebrado y, justo es confesarlo, en todas ellas es el ideal boliviano el que ha lucido como signo de paz, así como Bóchica anunció la felicidad a los chibchas entre los resplandores del arco iris.

* * *

Agitábanse los partidos; el odio a Bolívar subía como bramante marea; la Constitución de Cúcuta era maldecida por unos y bendecida por otros; aquí clamaban por la dictadura, allá por la federación; en medio de tánto desconcierto se creyó que convenía reformar la Carta vigente y al efecto se convocó una Convención; pero cuando el mayor número abrigaba alguna esperanza, la noble víctima de la expiación no columbraba sino desastres; así lo expresó a Sucre en 1827:

“La Gran Convención de Colombia será un certamen, o por hablar mejor, una arena de atletas; las pasiones serán las guías y los males de Colombia el resultado. En una palabra, este nuevo mundo no es más que un mar borrascoso que en muchos años no estará en calma. Algunos me atribuirán parte del mal, otros la totalidad, y yo, para que no me atribuyan más culpa, no quiero entrar más adentro. Me conformaré con la parte que me adjudiquen en esta diabólica participación”.

En pocas palabras sintetiza a Briceño Méndez la ruina absoluta: “Para el año 30, le escribe el 5 de

septiembre de 1828, contaremos con una edad entera de revoluciones, de crímenes y de sacrificios. Llamo edad la generación que hemos pasado, entre mil tormentas y vicisitudes”.

Tras esta profecía ¿qué viene?: la nefanda conspiración de septiembre; la guerra con el Perú; la revolución de Córdoba, tramada por los discípulos de Yago, con la infame muerte del glorioso héroe de Pichincha y Ayacucho; el asesinato del ínclito Sucre en oscuro monte; la traición de Páez y de Flóres, quienes rasgaron la bandera de la Gran Colombia, y por último, para fin de la tragedia, y como para que fuese real el mito del abnegado pelícano, el Héroe se aleja de la Patria que había creado; busca consuelo en quemante playa, donde sus quejas se confunden con las rumores del océano.

Vivió la vida más heroica y murió la muerte más noble; llorando las desventuras de la Patria y perdonando a quienes le habían matado; no tuvo siquiera la gallarda altivez de incorporarse en su lecho de muerte y gritarles como César al conspirador Metelo Cimber: “lejos de mí; ¿queréis conmovier el Olimpo?”.

EL POETA

*Déseos la palma, pues habéis subido
Donde pocos, al fin, hasta hoy subieron,
Y os han, Marte y las musas, consagrado*

(El Duque de Medina Celi a Alonso de Ercilla).

¿Qué hacen en el mundo ciertos séres que, envueltos en túnica de luz, pasan regando claridades? ¿De dónde vienen y a dónde van esos magos del pensamiento, de la palabra, de la pluma o de la armonía? Viéronlos pasar los siglos; jubilosa escribió la histo-

ria sus nombres y la epopeya grabó con áureo buril sus hechos inmortales; se agitan en una zona casi preternatural; en su carrera describen curvas inmensas y prodigiosas parábolas, cuya trayectoria se escapa al ojo que sólo mide la vía rectilínea y normal. La psicología los llama genios, pero sin que pueda definirlos, no de otra manera como no se sabe hasta la hora de ahora cuál sea la esencia de la electricidad y del radio.

El poeta es un creador de belleza; un hombre que tiene la cabeza hundida en el azul y las plantas sobre esta tierra, anegada en lágrimas y sangre; ave que vuela cantando; buzo espiritual que desentraña de los hondos arcanos cuanto hay de hermoso en el universo, para darlo a los humanos en los exquisitos fanales del arte, bien sea en la estrofa impecable, bien en el arpegio musical, ora infundiendo vida al bronce y al mármol o trasladando al lienzo el ritmo interior, mediante la combinación de los colores.

Ni es esto solo: hay una poesía de la acción, esto es una manera estética de vivir y obrar que quizás supera a aquella otra, más contemplativa es verdad, pero talvez no menos bella. Eso de ajustar la existencia a un ideal noble, al cual se le dedican corazón, brazo y mente; estar en acecho de una luz que ha de apuntar en el horizonte incierto y que por secreta afinidad coincide con la llama que arde dentro del alma; luchar a brazo abierto por llegar a la cima deseada, a que apunta el noble anhelo, eso es existir unguido por la gloria y amado de las musas. Son éstos que así laboran, los Homeros de la acción: El seráfico Francisco de Asís, amante de Dios, de los hombres y de las fieras; San Vicente de Paúl, cuya caridad cura las llagas y alivia el dolor ajeno; y los sabios que, olvidándose de sí mismos, se abstraen y reniegan de todo placer, por investigar la verdad, son poetas, como el que, abandonando la propia comodidad, se da al servicio

de la Patria, sin más acicate que el ideal estimulante de hacer el bien.

Creador y poeta son sinónimos; creación y actividad se corresponden; por consiguiente, no poetiza sólo quien se extasía en la contemplación de lo bello y traduce sus emociones en forma artística, sino el que produce obra grande y digna del canto.

Entre el poeta y el héroe hay altas simpatías, como entre aquél, el pintor y el escultor; el sublime Alejandro ama el Aquiles de Homero, y en la *Ilíada* halla el plan para la ciudad africana que lleva su nombre; de allí también toma Fidias los perfiles de su Júpiter; los bardos de la vieja Galia entraban en el combate cantando, y, siempre en derredor de un guerrero, atraídos por las bélicas fascinaciones, se han agolpado poetas y sabios; la idea y la fuerza se buscan y en fraternal consorcio corren tras la gloriosa meta. No están Augusto y Luis XIV presentes en la posteridad, tanto por las hazañas, cuanto por el favor que dispensaron a las letras.

Es indudable que la naturaleza del artista está urdida por una aguja cuasi-divina; distínguenla la sensibilidad exquisita, que a veces raya en morbosa, imaginación rica y eminentemente creadora y una intuición especial para exaltar lo que toca, a semejanza del rey Midas, a cuyo contacto se convertían en oro todas las cosas. ¡Excelsa misión aquella! Tener el poder de transformar los eriales en vistosos jardines donde trinan las aves del ensueño. Además de estas condiciones, debe el poeta, como lo quiere Hegel, poseer un alma que sea como un mundo interior completo, extraño a las exigencias y servidumbres de la prosa.

De acuerdo con esta concepción estética, libérrima y elevada, se puede afirmar que Simón Bolívar fue altísimo poeta; nadie como él se alzó por sobre lo vulgar; nadie cultivó ideales más grandiosos, ni mortal

alguno supo jamás dar a la vida toques tan trágicos, luminosos y heroicos. Creador en primer lugar de su propia superioridad, pudo arrastrar tras sí a cuantos le seguían, hechizados por la magia de su palabra elocuente y de su persona cautivadora.

No hubiera bastado al grande hombre para la realización de sus destinos providenciales el solo prestigio de la espada; éranle necesarios clarísimos atributos, capaces de contrarrestar la oscuridad ambiente y de señalar y abrir campo a las ideas de libertad y de renovación; al militar acompañaban la vista psicológica y la facilidad de expresión literaria. Así, tal cúmulo de facultades, como el juego de luces de un paisaje oriental, deslumbra e impone silencio al labio profano; por eso no tendrán éxito feliz quienes, enamorados de un equilibrio imposible, vayan a buscar en ese Himalaya del pensamiento, la regularidad simétrica que es propia de lo pequeño. Sabiamente anota Macaulay que "tal vez no sea posible ser poeta, ni aun siquiera gozar de la poesía sin hallarse bajo la influencia de una manera de enfermedad del espíritu, si de tal suerte es lícito calificar a un estado de alma que tan inefables goces proporciona. Por esta causa entendemos que no debe llamarse poesía todo aquello que se escribe en verso, aun cuando se halle bien medido y merezca bajo este punto de vista los mayores elogios; que poesía es el arte de emplear las palabras de tal suerte que produzcan ilusión a la fantasía, haciendo con ellas lo que el pintor con los colores".

* * *

El discípulo de Andrés Bello y de Simón Rodríguez nutrió su espíritu en los grandes clásicos. Plutarco templó con la vida de sus héroes aquella alma vibrante; Demóstenes y Cicerón le enseñaron la oratoria; Esquilo y Shakespeare le descubrieron los ar-

canos del corazón; Horacio y Boileau formaron su criterio literario; hízole Rousseau amar la naturaleza; los grandes románticos modelaron su frase lírica y espléndida; y la amarga vida puso en su estilo aquel suave tono de poética melancolía que reveló en los escritos de sus últimos tiempos.

El mismo Bolívar nos contará cuál fue su educación. Veamos la carta que envió al Gral. Santander desde Arequipa, en el mes de mayo de 1825.

Se refiere a Mr. Mollien en estos términos:

“Lo que dice de mí es vago, falso e injusto. Vago, porque no asigna mi capacidad; falso, porque me atribuye un desprendimiento que no tengo; e injusto, porque no es cierto que mi educación fue muy descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible por que yo aprendiese, me buscaron maestros de primer orden en su país. Robinson, que Ud. conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía nuestro famoso Bello; se puso una Academia de matemáticas sólo para mí por el Padre Anduja, que estimó mucho el Barón de Humboldt. Después me mandaron a Europa a continuar mis estudios en la Academia de San Fernando; y aprendía los idiomas extranjeros con maestros selectos de Madrid: todo bajo la dirección del sabio Marqués de Ustáriz en cuya casa vivía. Todavía muy niño quizás sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación. Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los Códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. Mollien no haya estudiado tanto como yo a Lock, Condillac, Buffon, Dalambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filanger, Lallandes, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthel, y todos los clásicos de la antigüedad así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los Ingleses”.

Reunía el egregio caraqueño todas las condiciones indispensables a un literato completo; notable erudición, servida por una memoria rival de la del Emperador Adriano; vivaz inteligencia, fantasía robusta y fresca, excelente gusto, aunque un poco falseado en ocasiones por el rigor de preceptistas como Boileau, conocimiento de varios idiomas extranjeros (1) y por sobre todo la inspiración lírica, calentada en los incendios de la guerra; su espíritu de esteta se desdoblaba magníficamente en la arenga revolucionario, sereno y científico ante los Congresos, dulce y tierno en la carta familiar.

“Poseía Bolívar, dice Blanco Fombona, en grado eminente, la cualidad primordial en el hombre de pluma: la pasión que colorea la frase y convierte la lava en púrpura y las escorias en montañas de piedra. Su imaginación es vivificante; de las cosas más mediocres saca él, para deslumbrar a sus pueblos, relámpagos de ilusión”.

Genio romántico el del Padre de Colombia; sus ideales vuelan al cielo como bandadas de águilas altaneras; la vida de ese hombre singular no es sino la expresión de un alma hirviente; de aquí para allá va él, nuevo Quijote, caballero del ideal, predicando, convenciendo, rogando, suplicando porque el reinado de la libertad sea en América; novelesca carrera la de aquél que en las cortes blasona de opulento señor;

(1) Palabras pronunciadas por Bolívar (en francés), después del 25 de septiembre de 1828, y dirigidas al Sr. Buchet Martigny:

“Hélas! Ce ne sont pas les lois de la nature qui font de moi ce que vous voyez; ce sont les chagrins qui me rongent le coeur. Mes concitoyens n'ont pu me tuer par le poignard, ils essaient de m'assassiner moralement par leur ingratitude et leur calomnie.

Ils m'ont á d'autres époques encensé á l'égal d'un Dieu, aujourd'hui ils cherchent á me salir de leur bave quand je ne serai plus lá pour écraser tous ces démagogues qui s'entredéchireront comme des loups. Et l'edifice que j'ai péniblement construit s'effondra dans la fange révolutionnaire”.

Tomado de la “Nouvelle Grenade” de Mr. Le Moyne.

que sube a jurar en la histórica colina de la ciudad eterna, como guiado por el alma de René; que se irgue un día y otro día sobre el desastre para gritar aquella palabra, única en la historia, "triunfar", cuando la traición, la anarquía y el desaliento matan toda esperanza; romántico guerrero aquel que en menos de 90 días va de Cúcuta a Caracas, arremetiendo al pujante español, que domina el país nativo; épico general ese que a ejemplo de los caballeros medioevales se gloria en abatir gigantes y en levantar a los débiles; que alterna la justa con el canto y la brega con el amor.

De aquí que la expresión literaria de tal vate fuese tan varia como fogosa, tan intensa como noble; cada frase era la manifestación de un estado de alma, una faz del océano. Y ¿qué mucho admirar el fondo de los escritos de tal autor si hasta el logógrafo lee claramente toda la tempestad que se muestra en los rasgos audaces de las letras y en la línea ondulante de una rúbrica que simula el zigzag del rayo?

Es preciso fulminar al adversario; hay que entregarlo a la sanción universal; por eso escribe con fuego y dice a los soldados:

"Sí, americanos, los odiosos y crueles españoles han introducido la desolación y la muerte en medio de los inocentes y pacíficos pueblos del hemisferio colombiano, porque la guerra y la muerte que justamente merecen los ha hecho abandonar su país nativo, que no han sabido conservar y han perdido con ignominia. Tránsugas y errantes, como los enemigos del Dios Salvador, se ven arrojados de todas partes y perseguidos por todos los hombres. La Europa los expulsa y la América los rechaza, porque sus vicios en ambos mundos los han cargado de la execración de la especie humana. Todas las partes del globo están teñidas en sangre inocente que han hecho derramar los

feroces españoles, como todas ellas están manchadas con los crímenes que han cometido, no por amor a la gloria, sino en busca del metal infame que es su Dios soberano”.

El siguiente apóstrofe es notable por la vehemencia y la energía con que está escrito:

“Volad, vencedores, sobre las huellas de los fugitivos; sobre esas bandas de tártaros, que embriagados de sangre, intentaban aniquilar la América culta, cubrir de polvo los monumentos de la virtud y del genio; pero, en vano, porque vosotros habéis salvado la Patria”.

A cada hombre, a cada Corporación, escribía o hablaba el Libertador de la manera más adecuada; su estilo ascendía o bajaba en armonía con las circunstancias; moderno Aníbal, cambiaba de aspecto, nó para infundir pánico en los ejércitos, sino para hacerse amable. A los llaneros proclamó:

“Vosotros sois invencibles; vuestros caballos, vuestras lanzas y estos desiertos, os libran de la tiranía. Vosotros seréis independientes a despecho del imperio español”.

Nadie como Bolívar sabía elogiar a sus soldados; toda acción buena era encomiada por él; nunca reservó para sí las coronas, sino que las tomaba de sus inclitas sienas para ornar con ellas las frentes de sus compañeros; de aquí el amor que le profesaban los que militaban a la sombra de sus pendones. Veamos la gentileza con que ensalza a los próceres, en frases fluídas y de una elegancia suma:

“Compatriotas, vosotros me honráis con el ilustre título de Libertador. Los Oficiales, los soldados del ejército, ved ahí los libertadores; ved ahí los que reclaman la gratitud nacional. Vosotros conocéis bien a los autores de vuestra restauración: esos valerosos soldados, esos jefes impertérritos: el General Ribas, cuyo valor vivirá siempre en la memoria americana,

junto con las jornadas gloriosas de Niquitao y Barquisimeto; el gran Girardot, el joven héroe que hizo aciaga con su pérdida la victoria del Bárbula; el Mayor General Urdaneta, el más constante y sereno oficial del Ejército; el intrépido D'Elhuyar, vencedor de Monteverde en las Trincheras; el bravo Comandante Elías, pacificador del Tuy y libertador de Calabozo; el bizarro Coronel Villapol que, desriscado en Vigirima, contuso y desfallecido, no perdió nada de su valor que tanto contribuyó a la victoria de Araure; el Coronel Palacios que, en una larga serie de encuentros terribles, soldado esforzado y jefe sereno, ha defendido con firme carácter la libertad de su patria; el Mayor Manrique, que dejando a sus soldados tendidos en el campo, se abrió paso por en medio de las filas enemigas con sólo sus oficiales Planas, Monagas, Canelón, Luque, Fernández, Buroz, y pocos más cuyos nombres no tengo presentes y cuyo ímpetu y arrojo publican Niquitao, Barquisimeto, Bárbula, las Trincheras y Araure".

La variedad es la característica del estilo boliviano; ora el período es breve, rotundo, preciso; trazado a la ligera para impresionar una multitud o para inmortalizar una hazaña o un hombre; ora se desenvuelve en cláusulas largas, pero arregladas generalmente con cadencia perfecta; cuándo conmueve, cuándo razona y enseña, porque siempre la altura del pensamiento anduvo pareja con la dignidad de los vocablos; la imagen vívida y poética daba aliento a las producciones del guerrero y del estadista; símiles originales y atrevidos, de sabor oriental; citas oportunas, aunque demasiado frecuentes, de la historia antigua y de la mitología, daban a la frase de Bolívar una gracia completa; por eso sus proclamas iban de labio en labio, de ciudad en ciudad y de monte en monte, llevando el incendio de la guerra.

Grandiosa fecha aquélla en que el vencedor se presenta ante los constituyentes de Angostura, después la espada, desnuda la olímpica cabeza y, puesto de pies, discurre serenamente sobre altos temas de derecho público.

“Dichoso el ciudadano, prorrumpe, que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la soberanía nacional, para que ejerza su voluntad absoluta! Yo, pues, me encuentro entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia, ya que he tenido el honor de reunir a los representantes del pueblo de Venezuela en este agosto Congreso, fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del destino de la Nación”.

La unión de Nueva Granada y Venezuela fue amado sueño del elocuente tribuno; al hablar de ella en el Areópago de Angostura se remonta con ímpetu gallardo a serena y azul altura. Veamos:

“Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido está vasta región, me siento arebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana. Ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro. . . . Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el centro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno”.

Cuando a caballo, frente al enemigo, en medio

de la batalla, habla a los soldados, lo hace siempre en improvisación feliz, ardiente, electrizadora. Nunca Capitán alguno tuvo rasgos de más elocuencia que Bolívar; no cede como orador militar ni a Napoleón, ni a César, ni a Sila. En San Mateo, ante el peligro inminente de la derrota y de la pérdida completa de la causa republicana, como Espártaco, se baja de la bestia, empuña la espada y clama, con voz de clarín que oyen todos los combatientes: "aquí, entre vosotros, mis valientes, moriré yo el primero".

Pasada la época febril de la guerra a muerte, el tono del héroe se suaviza; el triunfo no le ensoberbece, antes le comunica una serenidad apacible, sin que la frase pierda de su prístino vigor; se torna más delicada y más bellamente poética. Hé aquí una muestra; hablar a los pastusos en enero de 1822, poco antes de Bomboná y Pichincha:

"Pastusos: habéis costado llanto, sangre y cadenas al Sur; pero Colombia olvida su dolor y se consuela acogiendo en su regazo a sus desgraciados hijos. Para ella todos son inocentes; ninguno culpable. No la temáis, que sus armas son de custodia, no son armas parricidas".

Amante de la noble gloria de ser Libertador, odia la dictadura; por eso promete a los peruanos:

"El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad, ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la *Dictadura*; y de allí me volveré a Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú, y dejándoos la libertad".

Junín y Ayacucho fueron la coronación de la epopeya en el Nuevo Mundo; Sucre conquistó inmarcesible lauro para su Jefe y para sí. El goce que la terminación de la guerra produjo al Libertador fue indeci-

ble; así lo demuestra la sublime proclama que dijo al orbe tan faustos sucesos, con rasgos tan sublimes como estos:

“Soldados: Habéis dado la libertad a la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria: ¿dónde no habéis vencido?

La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo.

.....

Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo”.

Por las relevantes prendas de caballero, de militar valeroso y prudente, de discreto diplomático y por las victorias que alcanzó, fue Antonio José de Sucre el segundo hombre de América. Bolívar, que le apreciaba en lo que valía, lo ungió con la pluma. Oigámosle:

“La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina.

Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el *sagrado imperio* de la naturaleza.

El General Sucre es el padre de Ayacucho; es el redentor de los hijos del sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus

manos la cuna de Manco-Cápac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada”.

Nada falta, nada sobra en la anterior descripción; por lo verdadera, por lo hermosa y por lo justa, a pesar de la hipérbole del último símil, es la apoteosis del glorioso asesinato de Berruecos. Bien pudiera un escultor inspirarse allí para un monumento del Gran Mariscal: *ut pictura poesis*.

La literatura boliviana de los últimos días tiene la belleza de un crepúsculo inmensamente triste; es el treno que el profeta entona sobre las ruinas de la esperanza muerta y de la libertad asesinada; es el *de profundis* de notas gemebundas que llenan el ambiente de honda melancolía al tiempo en que hacen pensar en la fragilidad de las cosas humanas; Bolívar se queja, pero su grito es el del felino herido; cae, es verdad, pero su caída hace estremecer la tierra; digno en su dolor, como el Satanás de Milton, no pide consuelo ni a la misma esperanza.

A los Legisladores de 1830 decía: “Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás. Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad”.

Faltaba sólo el sacrificio de la propia vida del padre; todo lo demás estaba hecho; en vano quiso romper la última vena de su pecho enfermo. Así escribe a un amigo que le llama al poder:

“Todas mis razones se fundan en una, *no espero salud para la Patria*. Este sentimiento, o más bien, esta convicción interior, ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación.

Yo creo todo perdido para siempre; y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades; si no hubiera más que un sacrificio qué hacer, y éste fuera el de mi vida, o el de mi felicidad, o el de

mi honor... Créame usted, no titubearía. Pero estoy convencido de que este sacrificio sería inútil, porque nada puede un pobre hombre contra un mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad de mi país, me deniego a mandarlo. Hay más aún; los tiranos de mi país me lo han quitado; así yo no tengo patria a quién hacer el sacrificio”.

* * *

Por el temeramento artístico, por la vasta cultura, por la nobleza del estilo y por la pasmosa fecundidad, fue Bolívar un gran literato. Poseía el dón de la frase numerosa y elegante, pero carecía del talento para versificar; como que hubiera sido muy estrecho el molde de la estrofa para que se explayase tan opulenta inspiración.

Por algo que quizás podríamos llamar ley de compensación psicológica, grandes prosadores como Cervantes son desgraciados cuando someten la idea al artificio métrico; pero es cierto que muchos de ellos remedan la armonía poética de modo admirable; son esos los escritores que Guyau llama “poetas sin ritmo”, aunque no adherimos el aserto de tan ilustre esteta de que aun los más grandes vates son incapaces de reducir al verso el pensamiento ajeno o propio, pues se asegura que Virgilio dispuso la Eneida primero en prosa; José Joaquín Ortiz parafraseó con éxito feliz el *Delirio sobre el Chimborazo de Bolívar*, hermosa pieza romántica que es algo como un apólogo poético en el cual la frase más delicada oculta una idea de profunda filosofía.

D. Miguel Antonio Caro cita, en su maravilloso estudio sobre Olmedo, el principio de un mal soneto que compuso el Libertador en Cúcuta:

“Compañeros que liga santa audacia
Que en busca del suplicio o la victoria

Aún más terribles sois en la desgracia!
El peligro mayor es vuestra gloria”.

* * *

El 22 de julio de 1813 se verificó la célebre batalla de Los Horcones, donde el denuedo de Ribas y sus soldados venció a un enemigo muy superior. A las once de dicho día los patriotas se lanzan sobre el enemigo; una formidable carga pone en fuga a los engréidos realistas, los cuales arrojan las armas para salvarse ellos mismos.

Allí fue herido gravemente D. Gabriel Picón, hijo del patricio venezolano y Comandante de Armas del Estado de Mérida D. Antonio Ignacio Rodríguez Picón. A este patriota se dirigió Bolívar en carta fechada el 25 del mismo mes, para darle el pésame. Hé aquí el documento, en el cual el guerrero dejó escapar una estrofa rimada “con ligero donaire”, según la expresión del distinguido historiador Luis Febres Cordero:

“Ciudadano Comandante de Mérida:

Tengo el honor de remitir a usted el adjunto boletín, por el cual se informará U. de la gloriosa acción de Barquisimeto, dada por el Coronel Ribas, que a la cabeza de los valerosos meridianos, ha ganado a los tiranos.

El joven héroe que tan gloriosamente ha derramado susangre en el campo de batalla, no ha muerto ni se teme que muera; pero si cesase de existir, vivirá siempre en los corazones de sus reconocidos conciudadanos, y será eterno en los fastos de Venezuela, cubriendo de honor el nombre de Picón.

*Y tú, padre, que exhalas suspiros
al perder el objeto más tierno,
interrumpe tu llanto y recuerda
que el amor a la Patria es primero.*

Estos son los sentimientos que deben animar a

todo republicano, que no tiene más padres ni más hijos que su libertad y su país. Yo congratulo a U. por la honra que refluye sobre su familia con las acciones de su ilustre hijo.

Dios guarde a U.—Simón Bolívar”.

Anota el historiador citado que la anterior estrofa fue incluída en el Himno del Estado de Mérida, cuyo autor fue Antonio Febres Cordero.

La otra estrofa que se conoce del Libertador es festiva y la escribió para dar permiso a un señor Martel para vender unas mulas y con el dinero hacer los gastos del bautismo de un niño del cual iba a ser padrino. Es la siguiente:

*Tantas razones son nulas
para quien no tiene madre
ni jamás ha sido padre!...
pero venda usted las mulas.*

Seguramente el peticionario apoyó su ruego en el nombre de los padres e hijos de Bolívar, quien le contestó con la anterior ingenua confesión.

La poesía del egregio amerciano estaba en su vida, en sus hechos y en su prosa amena, rica y gallarda, a la cual se pueden aplicar las siguientes palabras de Jovellanos: “es cierto que hay obras en prosa que poseen los principales constitutivos de la poesía, que son la invención artificiosa y agradable, y el lenguaje apasionado, y en cierto modo numeroso, como el Telémaco, de Fenelón; las elegías sobre la guerra de Mesenia, de Barthelemy, y otros muchos rasgos épicos y aun dramáticos”.

Créese, no sin razón, que los hombres de inspiración carecen de las dotes analíticas propias de los críticos. Pues, vaya, que el hombre que reorganizaba un continente, que dictaba constituciones y daba bata-

llas, aceptó en más de una ocasión el papel de juez de letras, y su fallo fue acertado y científico.

Bolívar admiraba y acataba a los poetas; bien sabía que algún preceptista latino aconsejaba no reñir con los hijos mimados de Apolo, pues ellos dan o quitan inmortalidad.

Cuando el Libertador entró en Guayaquil el 11 de julio de 1822, existían en la ciudad tres bandos o puestos; unos querían pertenecer al Perú, otros a Colombia y algunos pensaban en formar república independiente; de éstos era, y el más conspicuo, José Joaquín Olmedo, excelente patriota e inspirado cantor, pero mal político.

Bolívar, previsor y gentil, se excusó por medio de su edecán por no haber rendido acatamiento público a Olmedo, en la tarde de la entrada en Guayaquil, pero sí dijo al emisario: "*es el genio de Olmedo, y no su empleo, lo que yo respeto*". Es sabido que éste era Presidente de la Junta de Gobierno.

Separados por diferencias políticas los dos grandes ciudadanos, hubieron de unirse luégo cuando Olmedo vino a llamar a Bolívar, en nombre del Congreso del Perú, a que fuera a libertar la tierra del Sol. Desde entonces el poeta-guerrero y el gran lírico se compenetraron; la egeria de lo porvenir les susurró a los oídos que no muy tarde el campo de *Junín* uniría para siempre sus preclaros nombres.

Grandes afinidades había entre Aquiles y su Homero: Uno y otro eran ultraamericanos en ideas políticas y amantes de la independencia y de la gloria; artistas delicados uno y otro; gran escritor y gran guerrero, el caraqueño; poeta de vuelo arebatado el hijo del Guayas; revolucionarios ambos en literatura, como discípulos de la escuela de Quintana, aquél que robó fuego al cielo para inflamar a sus conterráneos cantando:

“Dadme una lanza,
 Ceñidme el casco fiero y refulgente:
 Volemos al combate, a la venganza”.

El sapientísimo Miguel A. Caro sostiene que Olmedo era de la escuela poética cuyo jefe fue el cantor de *La Imprenta* y de *Juan de Padilla*; no parece peregrino, ampliando el autorizado concepto, pensar que muchos americanos de la época recibieron la influencia quintanesca, tanto en lo literario como en lo político, pues Olmedo perteneció en España al grupo de los defensores de la integridad nacional, vejada vilmente por Bonaparte, y fue de los que suscribieron la Constitución de 1812.

El maestro clamó en brillante apóstrofe a la guerra:

“¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
 Unico asilo y sacrosanto escudo
 Al ímpetu sañudo
 Del fiero Atila que a Occidente oprime!
 ¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis
 Ved del Tercer Fernando alzarse airada
 La augusta sombra; su divina frente
 Mostrar Gonzalo en la Imperial Granada;
 Blandir el Cid su centellante espada,
 Y allá sobre los altos Pirineos,
 Del hijo de Jimena
 Animarse los miembros gigantes”.

También Olmedo escribió en la oda *El Arbol*:

“Guerra, venganza!... Oh cuánto a su deseo
 Ya tarda en coronarse el Pirineo
 De las pérfidas huestes enemigas!
 Nunca el indio salvaje ni el viajero,
 La senda en noche lóbrega perdida,
 Tanto del sol ansiaron la salida,

Como impaciente el español, espera
 Mirar la luz primera
 Que le refleje el enemigo acero”.

Es indudable la afinidad entre Quintana revolucionario y poeta y Olmedo americano-español y bardo.

“De la escuela de Quintana, dice Caro, tomó Olmedo el modo de disponer y asociar las ideas, la selecta elocución poética, los giros sinuosos y gallardo movimiento de la silva”.

Ya lo hemos dicho: la manera literaria de Cienfuegos y Quintana tuvo en América muchos imitadores tanto en verso como en prosa; aquel estilo pomposo y declamatorio de muchos de nuestros escritores de principios del siglo pasado, tiene su norma en el de aquellos notables poetas, portaestandartes del patriotismo en la Península, cuando el usurpador galo holló el patrio suelo.

Por lo tanto no es cierto lo que dice Blanco Fombona que Bolívar “fue también en literatura el libertador”. Decir esto es desconocer las leyes que rigen la evolución ideológica de una raza; jamás la espada que volcó tronos, arrancó las ideas ni varió las costumbres; la conquista de las armas sigue a la de las ideas.

Bolívar, Olmedo, Zea y demás literatos de aquende el océano, fueron afrancesados en ideas como muchos de los peninsulares, pero sin perder de vista la tradición clásica, pues como lo anota Menéndez Pelayo, el mismísimo Quintana dedicó la mayor parte de su juventud a coleccionar y juzgar a los clásicos “con verdadero amor y muy delicado sentimiento”.

Nada hay en el Libertador tan netamente español como su estilo; las cartas, los discursos y las proclamas tienen todos los matices y tonos de los escritores castellanos: de Herrera posee el calor y la vivacidad de los afectos; de Cienfuegos y Quintana el desacordado pero gallardo ímpetu, y de Jovellanos, la serena

majestad que empleaba para hablar a los Congresos y Asambleas.

Importa también anotar que Bolívar alimentó su espíritu con las ideas francesas para llevar al cabo la revolución pero como hombre de gobierno no fue ni español ni en general latino, sino sajón; Inglaterra era la "estrella polar" de su política. Esta dualidad caracterizó a otro estadista y poeta colombiano: Rafael Núñez, cuyas estrofas de un lirismo profundo denunciaban al latino volcánico; mas, como gobernante, se exhibió frío y perspicaz como un lord.

El vibrante y erudito historiador venezolano, cuya tesis comentamos, cree sin duda, para mostrar al Libertador como revolucionario en letras, que éste odiaba a España. Nada menos puesto en razón. Nuestros próceres detestaban el sistema de gobierno implantado por Madrid en estas colonias; Bolívar y los americanos odiaban la crueldad de Monteverde, Boves y Morillo; protestaban contra la perfidia de los encargados de pacificar las naciones alzadas en rebelión; pero en espíritu eran tan amantes de la madre Patria como los más decididos peninsulares.

La exaltación de odio fue transitoria; la prueba de ello es que el Libertador se portó siempre caballerosamente con los españoles hidalgos como Correa, Latorre, García, y trató con igual gentileza a Don Pablo Morillo, el mismo que había segado en la Nueva Granada tántas cabezas ínclitas.

Regularizada la guerra, el Libertador fue inflexible en el cumplimiento de lo estipulado. El 17 de abril de 1821 dijo en bella proclama:

"Soldados: Interponed vuestros pechos entre los vencidos y vuestras armas victoriosas, y mostráos tan grandes en generosidad como en valor".

En febrero de 1822 habla a los españoles así:

"Españoles: La guerra ha cambiado, y con ella los motivos de odio. Vosotros pertenecéis a una na-

ción libre, y por tanto, no sois nuestros enemigos. La mayor parte de la nación española ha mostrado su inclinación hacia nosotros y pronto la paz curará nuestras mortales heridas”.

Poco después abre los brazos a los adversarios con estas palabras rebozantes de hidalguía:

“Soldados españoles: La capitulación que ha terminado vuestros padecimientos, os ofrece dos patrias, Colombia y España. Escoged: si queréis un suelo libre, tranquilo y pródigo, sed colombianos; pero si queréis dejar vuestras cenizas en el sepulcro de vuestros padres, la España es libre y debe ser dichosa”.

¿No es ésta la generosidad española? ¿Podría bastardear de los sentimientos de raza quien así hablaba y procedía? Bolívar fue genio hispano en toda la extensión de la palabra.

* * *

Excusada esta larga y necesaria digresión para definir las simpatías que unieron al Héroe y al Cantor y para investigar la escuela literaria a que pertenecían, volvemos a tratar del juicio crítico que Bolívar hizo con sorprendente acierto del himno entonado en su honor. Si Olmedo se alejó del Libertador por el incidente de que hablamos poco há, es constante que desde el primer momento se sintió atraído por la elocuencia abrumadora del coloso del Norte. El historiador Larrazábal dice:

“Olmedo, tan ilustrado, tan rico de imaginación, tan poeta, estaba como absorto, seducido por el atractivo y la animada elocuencia de la improvisación del Libertador”.

En verdad: en espíritus tan excelsos como el de Olmedo no podían tener cabida pasiones mezquinas; Bolívar era el primer hombre de las Américas, y el ecuatoriano sentía en su pecho el sagrado fuego; sabía que a él tocaría embocar la trompa épica.

El 6 de agosto de 1824 venció Bolívar a los rea-

listas en Junín; fue un combate a la antigua; no se oyó un solo disparo; entonces el bardo tomó la lira, obedeciendo al irresistible mandato de la musa interior:

“¿Quién me dará templar el voraz fuego
 En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
 Torpe la mano va sobre la lira
 Dando discorde són. ¿Quién me liberta
 Del Dios que me fatiga...?”

Bien sabía el poeta que su canto le llevaría a la inmortalidad al lado del Libertador. Así lo insinúa modestamente en carta confidencial:

“Sin embargo, me atrevo a hacer a Ud. una insinuación tremenda: y es que si me llega el momento de la inspiración y puedo llenar el magnífico y atrevido plan que he concebido, los dos, hemos de estar juntos en la inmortalidad”.

Elaborado el poema, quería el autor que Bolívar mismo le diese la opinión. Al efecto le escribió de Guayaquil el 15 de mayo de 1825 lo siguiente:

“Deseo que usted me escriba sobre esto con alguna extensión, diciéndome con toda franqueza todas las ideas que usted quisiera que hubiera suprimido. Lo deseo y lo exijo de usted, porque en mi viaje pienso limar mucho este canto y hacer en Londres una regular edición: y para entonces quisiera saber el parecer y juicio de usted”.

Con placer aceptó Bolívar su oficio de crítico; con elegante donosura respalda su fallo con la falta de competencia diciendo a su cantor:

“Ya que usted ha hecho su gasto y tomado su pena, haré como aquel paisano a quien hicieron rey en una comedia y decía: ‘ya que soy rey, haré justicia’. No se queje usted, pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio daré palo de ciego, por imitar al rey de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso”.